

LA IZQUIERDA Y EL CAPITALISMO.

José C. Valenzuela Feijóo.¹

Procurad que, al dejar este mundo, no sólo hayáis sido buenos, sino que dejad también un mundo bueno.”

B. Brecht.

I.- Propósitos.

En ocasiones, para hablar del mapa político, se acude a las nociones de derecha, centro e izquierda. Para el caso, se ubica a los partidos según su nivel de conservadurismo, desde la derecha hasta la izquierda. Con esta gradación, en la izquierda a veces aparecen organizaciones políticas que de hecho son tenaces defensoras del statu-quo. Por ejemplo, en la Inglaterra de hoy, se señalan al partido conservador (derecha), el liberal (centro) y el laborista (izquierda). En el México de hace 10 años (hacia el 2010 o antes), se hablaba del PAN (derecha), el PRI (centro) y el PRD (izquierda). Pero aceptar que el partido laborista inglés de hoy es de izquierda, resulta absurdo. Y algo similar vale para el PRD mexicano, hoy (2020) convertido en lacayo de la ultraderecha y en vías de extinción. También tenemos el caso de la llamada Concertación en el Chile (incluyendo al partido Socialista actual) de hace diez años, la que era muy sui-generis: se decía de izquierda y aplicaba políticas neoliberales. En el México de hoy (2020), algunos señalan que el PAN es la derecha, el PRI el centro y Morena la izquierda. Pero PAN y PRI son defensores del ultra-neoliberalismo y Morena y su actual gobierno (el de AMLO), sólo aspiran -con poco éxito- a un capitalismo no neoliberal. Esta situación no debería sorprender pues la representación política del pueblo trabajador en muchos casos simplemente no existe. En otras palabras, si el ordenamiento se efectúa en términos de “gradación del conservadurismo”, los resultados pueden ser engañosos, pues la misma palabra suele esconder contenidos muy diferentes. Por ejemplo, ¿qué tiene que ver el laborismo inglés con el bolchevismo ruso? Absolutamente nada. Se trata, entonces, de recuperar los *contenidos políticos objetivos* que manejan las diversas organizaciones partidarias. O sea, aplicar el muy sabio “dime qué haces y te diré quién eres”. En lo que sigue, pensando básicamente en las realidades del México contemporáneo, buscaremos clarificar el problema que hemos señalado más arriba.

II.- Izquierda política y capitalismo.

¿Se puede ser de izquierda y, a la vez, ser defensor del régimen capitalista? La respuesta parece ser clara: una izquierda que no lucha contra el capitalismo no puede ser catalogada como izquierda.² Esto, más allá de las posibles declaraciones que se hagan en favor de esa singular hipótesis. En verdad, aceptar una izquierda pro-capitalista implica una total degeneración del lenguaje, entrar a un mundo de sombras en que se pierde el sentido de las palabras, su capacidad para designar determinados fenómenos, aspectos y procesos. O sea, entrar en la confusión y el enredo total. ¿Qué sucedería si al perro lo llamamos gato y al gato perro? ¿Qué si luego mandamos a los perros a cazar ratones y a los gatos a cazar conejos? En breve, tales confusiones tienen efectos prácticos nada veniales.

Confusiones como las indicadas no son políticamente neutrales. Favorecen a algunos y perjudican a otros. Benefician a los que desean preservar el capitalismo en tanto esa postura les puede facilitar la penetración en, por ejemplo, el seno de los trabajadores. Estos, a partir de un

¹ Depto. Economía, UAM-I.

² “La conquista del poder político ha venido a ser (...) el gran deber de la clase obrera”. Cf. C. Marx, “Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los trabajadores”; en O. E., Tomo 2, pág. 12. Edit. Progreso, Moscú, 1973.

desarrollo político mínimo, aprenden que las izquierdas impulsan medidas que los pueden favorecer y que ellos, si quieren lograr avances en su condición social, deben asumir posturas de izquierda. En corto, en el medio obrero el mismo vocablo adquiere una connotación favorable. Luego, el que se declara izquierdista tenderá a suscitar una impresión favorable y una buena acogida en el seno de los trabajadores. Sucediendo lo contrario con los que se declaran derechistas. La simpatía por una izquierda pro-capital puede funcionar por un período muy largo o muy corto. Y es evidente que, en tanto dura, evita que los trabajadores desplieguen actividades políticas que apunten al ataque y destrucción de la propiedad capitalista. En este caso, la lucha de los trabajadores se mantiene *dentro* del sistema y no aspira a rebalsarlo. Valga también agregar: esta “izquierda burguesa” (o, para ser más precisos, esta ala reformista de la burguesía) suele buscar la *legitimidad* del sistema por la vía de otorgar algunas concesiones a la clase obrera. Es decir, suele optar por el *reformismo*, como regla manejado con bastante suavidad.

III.- Luchar contra el capitalismo.

¿Por qué los trabajadores asalariados deberían orientar su lucha en contra del régimen capitalista? En realidad, la respuesta pudiera parecer muy obvia y, por lo mismo, ociosa la pregunta. Pero en los tiempos que corren, hasta en un tema tan elemental, la claridad escasea. Por ahora, limitándonos a un muy esquemático punteo, podemos señalar:

a) En el capitalismo los trabajadores asalariados son *explotados*. Es decir, le ceden al capitalista una parte de los resultados (en términos de producción) que generan, en términos gratuitos: sin compensación. Por ejemplo, producen 100 y se quedan con 50 o con 20. En México, de hecho, se quedan con alrededor de 15 de cada 100 que producen.

b) Tal situación da lugar a que los trabajadores funcionan con bajos niveles de vida y muy inferiores a los que tienen los capitalistas.

c) El mismo trabajo es incierto e inestable. La desocupación suele ser elevada y en períodos de recesión, mucho muy elevada. Es el fenómeno, permanente, del llamado “ejército de reserva industrial.

d) Las condiciones generales de trabajo en términos de seguridad industrial, salubridad, aseo, clima psicológico, etc., suelen ser muy insatisfactorias. Baste preguntar: ¿qué porcentaje de obreros sufre accidentes (incluso mortales) en el trabajo? ¿Cuál es el porcentaje de capitalistas que sufren esos accidentes?

e) En las fábricas capitalistas opera una división del trabajo determinada en alto grado por la condición de clase: a los trabajadores (obreros) se los encaja en tareas rutinarias, de simple ejecución, las que, en vez de desarrollar las capacidades creadoras y más altas del ser humano, terminan por idiotizarlo y forjar seres unilaterales. Por lo mismo, el trabajo se transforma en una carga -una especie de tormento- y no en la expresión de la naturaleza humana más esencial. Al cabo, se llega a una situación que sería semejante a la de un pájaro que al volar sufriera;

f) En el marco de las relaciones mercantil-capitalistas, operan relaciones sociales que determinan una conducta marcadamente egoísta, en que el hombre se transforma en “el lobo del hombre” y se rompen los lazos humanos de solidaridad más elementales. Ante el Dios dinero, los hombres se subyugan y con tal de conseguirlo y acumularlo, están dispuestos a todo: al engaño, a la traición, a la crueldad.³ Con lo cual, se difunde una ansiedad y angustias muy profundas: “si te doy la espalda, corro el riesgo de que me apuñales”. Las relaciones de solidaridad que postulaban autores como Spinoza y Diderot, se relegan y olvidan. Lo que se impone es la lucha darwineana por la vida.

Ante tal situación, la rebeldía está justificada. Pero puede ser la rebeldía de un grito, de un manotazo. O bien, la *rebeldía colectiva* que busca transformar de cuajo al orden socio-económico vigente. Lo cual, supone capacidades culturales y políticas determinadas. En principio, se supone que la clase trabajadora (el proletariado industrial) tiene esas capacidades, por lo menos en potencia. Es decir, su posición en la estructura económica le posibilita *desarrollar* esas capacidades.

³ Brecht escribía: “Si a tu enemigo quieres molestar en su tumba, /en su lápida escribe: aquí yace dinero”.

Conviene también señalar: la decisión por emprender la lucha contra el capital, depende también de otras condiciones: i) los trabajadores deben creer que es *posible* una transformación anti-capitalista; ii) deben también creer que el eventual costo de esa lucha se verá justificado por los logros que puede generar el nuevo orden a construir.

IV.- Reforma y revolución.

¿Qué significa luchar contra el capitalismo? Cuando efectuamos esta pregunta, no pocos se la imaginan como decidir el asalto al Palacio de Gobierno, en algo parecido al asalto a La Bastilla en la Revolución francesa o la toma del Palacio de Invierno en la Revolución rusa. En la llegada de los barbudos a La Habana de Cuba, o en la entrada al DF de las huestes de Villa y Zapata. Otros le agregan el colgamiento o fusilamiento del Presidente, de los grandes banqueros y demás. Pero todo esto, no es más que la parte más o menos anecdótica y hasta cinematográfica de un largo y sinuoso proceso previo. Y que no agota el proceso sino más bien inicia una segunda fase, aún más compleja. La primera es la que desemboca en la toma del Poder. La segunda es la que, con cargo al uso de ese nuevo Poder, se destruyen las viejas estructuras (económicas, políticas, culturales) y se avanza en la construcción de un nuevo orden social, el socialista.

La toma del Poder es la resultante final de la primera etapa. Pero, ¿qué se hizo para lograr esos resultados? Para ello se ha necesitado de una muy larga y multilateral preparación, la que debe “producir” las capacidades para acumular fuerzas en lo ideológico, en lo orgánico y en lo político.

Para el caso podríamos recordar: preparar chiles en nogada (al gusto del sr. obispo) no es lo mismo que preparar un huevo estrellado. Aprender a sumar no es lo mismo que aprender a resolver ecuaciones diferenciales. No se trata de gritar “mañana damos el asalto final” y avanzar con piedras y resorterías. Se trata de desarrollar la capacidad para hacerlo con eficacia. La cual, no llega desde los santos cielos y por arte de magia, sino que exige una preparación que suele ser muy larga y compleja. Esta “preparación para” es lo que importa. Demos un ejemplo muy elemental y de otro campo de actividades. Se pretende que Luis, niño de seis años, llegue a ser un excelente ingeniero industrial, o un químico, o un médico, etc. Ante tales propósitos, a nadie se le pasa por la cabeza que tomar esa decisión implica su ejecución inmediata. Todos sabemos que la decisión sólo implica el inicio de un largo proceso de aprendizaje, que pasa por la escuela elemental o básica (aprender a leer y escribir, aprender las cuatro operaciones aritméticas elementales, etc.), luego por la enseñanza media y que debería desembocar, después de diez o más años, en la enseñanza universitaria, en la que gastará 5 o más años. Al cabo, si bien nos resulta, Luis será ingeniero. Y aunque lleve ya 15 años o más de estudios, se dará cuenta que todavía le falta mucho para ser un hombre diestro, capaz de diseñar y dirigir procesos industriales complejos. La moraleja que deseamos deducir parece clara: tales o cuales objetivos, sobremanera si son complejos, no se satisfacen de un día para el otro. De hecho, exigen una muy larga y ardua preparación previa. Y si se trata de luchar contra el capitalismo y de vencer en esta lucha, estamos ante exigencias mayores, muy complejas y nada fáciles de cumplir con éxito.

En este contexto, surge el problema de las reformas y del reformismo. Aspectos conectados pero que no se deben confundir. Por reformas podemos entender cambios económicos y sociales que no afectan a los rasgos más esenciales del régimen capitalista. Estos cambios pueden responder a los intereses de tal o cual fracción del capital. Por ejemplo, la burguesía industrial que opera para vender en los mercados internos del país, puede estar interesada en cierto aumento de los salarios para así estimular sus ventas. O bien, las reformas pueden responder a necesidades políticas: a veces surgen presiones eventualmente peligrosas de los trabajadores, las que podrían llegar a desestabilizar al sistema. Y se trata de apagar esas presiones. En lo que sigue, nos preocupamos básicamente de este tipo de reformas: concesiones de la clase dominante que ayudan a su legitimización. Es decir, se busca que los excluidos del poder consideren que las cosas no andan mal y que está bien que el sistema sea como es y que los que gobiernan lo hacen bien. En breve, se busca que *los de abajo apoyen a los de arriba*.

Por reformismo entendemos una *línea política que apoya las reformas con el afán de legitimar al sistema*. Como regla, esta línea se traduce en la existencia de partidos reformistas. Estos partidos suelen tener importantes bases en el mundo del trabajo y se presentan como partidos de izquierda. Claro está, se trata de una “izquierda” bastante sui-generis: esgrime las reformas para apoyar y consolidar al sistema.

En este marco, se pudiera entender que muchos izquierdosos tienden a rechazar el reformismo y *también* la lucha por las reformas. En este último caso, lo que terminan impulsando es una especie de “infantilismo de izquierda”, que poco ayuda a la lucha contra el capital. Conviene detenerse mínimamente en este problema.

La izquierda radical, junto con oponerse al reformismo, no debe rechazar las reformas. Primero, porque durante un largo tiempo le resulta imposible ir más allá. Segundo, porque en esa lucha aprende y desarrolla sus capacidades políticas. Tercero, porque no debe asumir una actitud del todo o nada, más o menos catastrofista, rechazando la obtención de mejoras para la clase. En otras palabras, si se puede lograr vg. una mejora en los servicios de salud, hay que luchar por esa mejora y lograrla, aunque ello quede muy distante de lo que sería una mutación anti-capitalista. En lo cual también incide un principio de corte motivacional: si en la lucha por reformas no se obtienen triunfos, por pequeños que sean, la motivación puede desvanecerse y se puede arribar a una especie de fatalismo: si nada puede hacerse para conseguir mejoras pequeñas, mucho menos se puede aspirar a un cambio profundo que permita ir más allá del sistema capitalista imperante. Marx escribía que “si en sus conflictos diarios con el capital los obreros cediesen cobardemente, sin duda se descalificarían, para emprender movimientos de mayor envergadura.”⁴

En todo lo anotado, jamás se debe olvidar: para la izquierda anti-capitalista, las reformas tienen sentido sólo si ayudan a lograr las fuerzas que permita disolver el orden vigente.

V.- Estilos de lucha y reformismo burgués.

Hemos señalado que existe un *reformismo burgués*. Este, por la vía de determinadas concesiones, básicamente económicas, busca desinflar y adormecer a los movimientos populares más radicalizados. Es decir, se trata de *legitimar* al sistema vigente, de generar un relativo consenso en torno a la continuidad del régimen. De fondo, se busca que en el horizonte histórico que manejan los trabajadores no aparezca un orden social no capitalista, que piensen que no hay más realidades posibles que las ofertadas por el capital. El reformismo puede ser enarbolado en directo por la misma clase dominante, aunque lo más frecuente es que opere por vía interposita. Se trata de partidos reformistas y pro-burgueses que operan con una importante base obrera.⁵

Por el lado de la clase trabajadora, lo que deberíamos encontrar es una lucha por reformas en que el interés primordial es el fortalecimiento de las capacidades políticas de la clase. O sea, se busca *acumular fuerzas* para que, llegado el momento, se pueda destruir al régimen burgués.

Entre una y otra línea los propósitos concretos inmediatos pudieran coincidir. Pero las consecuencias derivadas o ulteriores, son radicalmente diferentes: unos buscan legitimar-preservar al sistema y otros, fuerza para destruirlo. Asimismo, la regla es que los métodos de lucha sean también diferentes: el reformismo burgués utiliza la vía parlamentaria y la clase trabajadora revolucionaria privilegia la lucha de masas.⁶

La elección de vías, en el sentido de vía dominante, es clave. En el Parlamento, por ejemplo, es prácticamente imposible que exista mayoría de la izquierda auténtica.⁷ Pero ésta, por la vía de la movilización de masas, puede presionar al parlamento y casi obligarlo a aprobar tal o cual

⁴ C. Marx, “Salario, precio y ganancia”, en O. E., Tomo 2, pág. 76. Edición citada.

⁵ La social democracia europea ha sido ejemplar en este respecto.

⁶ Ver apartado VI que sigue. También José Valenzuela Feijóo, “Clases, conflictos, política”, INIFPPRD; México, 2011.

⁷ Incluso en los países capitalistas más democráticos, la posibilidad de una representación parlamentaria radical (socialista-comunista) mayoritaria, es prácticamente imposible. Toda la experiencia histórica hasta ahora conocida es clarísima en este respecto. Esa mayoría llega a ser posible sólo cuando los trabajadores asumen el Poder. Lo cual, en automático, genera la denuncia internacional (del imperialismo) de que en tal país la democracia ha desaparecido.

reforma. Con todo, pueden surgir problemas. En ocasiones hay partidos de izquierda que se descomponen y pasan a privilegiar la vía parlamentaria.⁸ Con ello, la clase trabajadora se queda en el peor de los mundos posibles: ese partido pierde fuerza de masas y, de hecho, se desliga de la clase. A la vez, al centrar sus actividades en el parlamento, como regla sólo puede hacerlo como partido minoritario. Bajo estas condiciones, la misma posibilidad de reformas se reduce: bajan en número e importancia. Además, en términos políticos, debilitan a los trabajadores y fortalecen al sistema.

La vía de la movilización de masas que busca desarrollar un real poder popular, como contrapuesta a la vía del parlamentarismo, amerita algún mínimo comentario adicional. Lo hacemos en el apartado que sigue.

VI.- Acumulación de fuerzas: un rasgo a subrayar.

La lucha contra el capitalismo es también una lucha por un orden económico y social alternativo. Es lo que denominamos “segunda etapa de la lucha”, la que se inicia con la toma del poder. El nuevo orden debe ser regido por los trabajadores y estar al servicio de éstos. Pero esto implica capacidades políticas y culturales que no son innatas a la clase y que no se adquieren con invocaciones y “recursos” mágicos.

En este marco, se puede entender el papel absolutamente vital de una lucha de masas desplegada con un estilo que vaya despertando la *iniciativa y creatividad de los trabajadores*. Es decir, su *capacidad para dirigir y regular los destinos de la vida social*. Este debe ser el propósito básico, permanente y de más largo plazo.

Tal propósito general se debe traducir en una organización (y estilo de lucha) de los trabajadores que se configure desde las mismas bases del movimiento. Es decir, una organización: i) localizada en los centros de trabajo y de vida; ii) que sea capaz de desatar la iniciativa popular; iii) que se despliega sin perder jamás de vista la situación socio-política del conjunto (regional, nacional, internacional) que enmarca la actividad del caso.

Surge aquí una necesidad fundamental: la de organizar a la clase obrera por células de fábrica. Conviene, por lo mismo, ensayar una mínima referencia a este problema. Gramsci, señalaba que “todos los problemas de organización son problemas políticos.”⁹ Y agregaba: “hay, en primer lugar, un problema político: el de la base de la organización. La organización del partido debe construirse sobre la base de la producción y por tanto a partir del lugar de trabajo (células). Este principio es esencial para la creación de un partido ‘bolchevique’ y se refiere a la necesidad de que el partido esté en condiciones de dirigir al movimiento de masas de la clase obrera, la cual está naturalmente unificada por el desarrollo del capitalismo según el proceso de producción. Situando la base organizativa en el lugar de la producción, el partido efectúa una elección a propósito de la clase en que se apoya. Se proclama un partido de clase y el partido de una sola clase, la clase obrera.”¹⁰

En otro documento de la época podemos leer que “la diferencia esencial que existe en el papel y la actividad de los partidos comunistas y socialdemócratas se manifiesta igualmente en sus formas de organización. La socialdemocracia, ocupada únicamente en hacer reformismo dentro del marco de la democracia burguesa –sobre todo, en el trabajo electoral y parlamentario–, se halla, en consecuencia, organizada por distritos electorales; tiene en su base a la sección local, y como principio de organización el lugar de radicación. El Partido Comunista, que conduce a los obreros hacia la lucha revolucionaria para echar abajo el capitalismo y conquistar el poder, crea otras formas de organización, pues su principal punto de apoyo está en las fábricas. El Partido Comunista debe tener su base entre los trabajadores, en la fábrica y en los sitios de trabajo. El ordenamiento del Partido sobre la base de las células de empresa le permite ante todo mantener una vinculación real,

⁸ En Chile, el caso de la Concertación es muy ilustrativo.

⁹ A. Gramsci, “Escritos políticos (1917-1933)”, pág. 247. Segunda edición, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1981.

¹⁰ *Ibidem*, pág. 247.

íntima y duradera con los obreros. Le permite estar siempre al corriente de las necesidades y disposiciones de la clase obrera y reaccionar como conviene. Le permite influir permanentemente sobre ella y dirigirla con eficacia, organizando la lucha revolucionaria contra la patronal, el fascismo y el Estado capitalista para conquistar el poder” (...). “Ese cambio de las formas de organización es la garantía de la calidad social de los efectivos del Partido; asegura su carácter proletario. Y –lo que es de una importancia completamente excepcional para el Partido Comunista– permite combatir realmente para obtener el control sobre la producción y llegar, tras la conquista del poder, a dominar la producción en taller.”¹¹ También se señala que “la principal forma de organización de todo partido es la célula de empresa. El viejo principio tomado de la socialdemocracia según la cual el partido debía construirse según las circunscripciones electorales en vistas a las elecciones parlamentarias, no conviene a los comunistas. Es imposible un partido verdaderamente bolchevique si su organización no está basada en las células de empresa.”¹²

Se debe subrayar la radical importancia que tiene este principio. No sólo localiza la lucha en el mismo *núcleo del poder empresarial*; a la vez, permite que los trabajadores aprendan de ese poder y empiecen a pensar y a experimentar sobre cómo se debiera ejercer en otro contexto.

VII.- Aprender de las luchas concretas, de fracasos y éxitos.

Hasta ahora nos hemos movido en un plano más o menos general. Puede ser útil llamar a “aterrizar” tales reflexiones. En realidad, la exigencia para todo partido serio debería ser que, ante todo conflicto relativamente significativo, realizar un *estudio monográfico serio y detallado*. Lo que es *condición indispensable* para que las experiencias de luchas concretas se puedan transformar en principios eficaces de orientación política más general.

Supongamos que por motivos importantes y diversos –como un gran fraude electoral, el rechazo a reivindicaciones salariales mínimas, la imposición de medidas contra los sindicatos y el derecho de huelga y de manifestación– se abre la posibilidad de que surjan estallidos sociales importantes. Ante ello, la derecha y sus medios de comunicación señalan: i) tal agitación es muy mala para el país; ii) la “izquierda” es la culpable de esas conductas “rijosas”. Ante esas denuncias, esa pseudo-izquierda responde: i) no, nosotros no impulsamos esos estallidos; ii) no es ése nuestro método. Estamos por la legalidad y el respeto a las instituciones; iii) que se discuta el problema en el Parlamento.

Dado lo anterior, nos preguntamos: ¿qué es un estallido social? Decimos que es: i) una protesta; ii) más fuerte e indignada que lo usual; iii) va más allá de las palabras. Puede no respetar la ley y puede implicar cierta coacción o uso de la fuerza.

Los estallidos los podemos clasificar como de nivel micro o de nivel macro.

Como ejemplo de un posible estallido micro podemos señalar: un grupo de chavos se reúne para tocar música: trompetas, guitarras, batería. Y lo hacen con grandes amplificadores. Cantan, gritan, se emborrachan hasta la misma madrugada. Ante ello, los vecinos reclaman con buenos modos y los revoltosos prometen enmendarse. Fiestas sólo el fin de semana y en horario adecuado. Luego de las palabras, siguen igual que antes. Vuelve el reclamo y vuelve la promesa. Al cabo, llega el momento en que los vecinos estallan. Se juntan, van a la casa de los desmadres, los agarran a palos y les rompen los instrumentos. ¿Qué encontramos aquí? Mucha rabia acumulada y la decisión de hacerse justicia con manos propias. O sea: i) se aplica la voluntad del grupo; ii) ejerciendo cierta violencia (coacción); iii) brincándose la legalidad. Este tipo de procesos y sucesos, por lo demás, son casi cotidianos en países como México.

Veamos ahora un ejemplo de estallido macro. Por equis razones el precio de los huevos se eleva brutalmente, digamos que se duplica el precio por kilo. La gente, obviamente se enoja y protesta. El Gobierno responde: i) no coman huevos; ii) el aumento es temporal y se resolverá en un

¹¹ “V Congreso de la Internacional Comunista, 17 junio-8 de julio, 1924. Segunda Parte”; Pág. 89. Pasado y Presente, Córdoba, 1975.

¹² Ibidem, pág. 207.

corto plazo. No obstante, el precio sigue alto y empieza a transmitirse a otros alimentos. O sea, alza generalizada en el precio de los alimentos. Entretanto, los salarios no se mueven. La gente responde: i) brota la indignación; ii) se organizan para protestar; iii) asaltan panaderías y expendios mayoristas de huevos.

En estos movimientos de protesta, al pueblo le puede ir bien (triunfa) o le puede ir mal. En ambos casos, el pueblo aprende. ¿Qué aprende? a) quiénes son sus amigos y quiénes son sus enemigos; b) aprende que *sin organización nada puede lograr*; c) aprende que necesita de la solidaridad de otros trabajadores; d) aprende de los aciertos y de los errores que ha cometido. Es decir, va acumulando un acervo político-ideológico.

En este contexto, ¿cómo reacciona la clase dominante? En lo medular: a) denigra a tales movimientos y a sus dirigentes. Los presenta como desalmados y delincuentes: moralmente los condena. Se trata de meter en la opinión pública la idea de que *todo rebelde es malo*; b) asimismo, al poco andar toma la decisión de reprimirlos. O sea, de *usar la violencia* en contra de los que protestan.

¿Qué haría la llamada “izquierda” (tipo PT en Brasil, partido Socialista en Chile, la antigua dirección del PRD¹³, la del peronismo argentino, etc.)? Podemos afirmar que: a) llamará a reprimir con mayor suavidad; b) de fondo, repite –con algún matiz– el mensaje de la clase dominante: no a la violencia y sí a la vía legal-parlamentaria; c) de hecho, pasa a reproducir la ideología dominante.

¿Qué debería hacer una auténtica y real izquierda? Debería: a) promover y organizar con la mayor eficacia posible esas movilizaciones; b) darles un sentido nacional. En términos de solidaridad, de ser ejemplar, ilustrativa, etc.; c) medir la correlación nacional de fuerzas y en función de ello graduar los métodos de lucha. ¿Qué fuerza se tiene para atacar? ¿Cuál para defenderse? d) Evaluar críticamente tales luchas, aprender de los errores, educar al pueblo, fomentar su autonomía e independencia ideológica y política. Nunca olvidar que un buen balance autocrítico es el mejor resorte para transformar las derrotas del presente en victorias del futuro.

Terminemos recordando a Marx. Comentando la lucha por reformas en el espacio salarial, escribía que “la clase obrera no debe exagerar ante sus propios ojos el resultado final de estas luchas diarias. No debe olvidar que lucha contra los efectos, pero no contra las causas de estos efectos; que lo que hace es contener el movimiento descendente, pero no cambiar su dirección; que aplica paliativos, pero no cura la enfermedad.” Y agregaba que la clase trabajadora, “en vez del lema *conservador* de “*¡Un salario justo por una jornada de trabajo justa!*”, deberá inscribir en su bandera esta consigna *revolucionaria*: “*¡Abolición del sistema de trabajo asalariado!*”.¹⁴

VIII.- Dos conclusiones.

Podemos ser muy breves. Y anotar, pensando en México, lo que sigue.

Primero: una verdadera izquierda política, con alguna significación, en el país no existe. Tal vez ésta sea la ausencia más dramática del México actual.

Dos: para los de abajo, la primera y más urgente de las tareas, es la de crearla.

Tres: en ausencia de tal izquierda anti-capitalista, los mismos propósitos de una reforma más o menos democrática del capitalismo, serán mínimas.

Octubre, 2020.

¹³ La dirección de Morena en los dos primeros años del gobierno de AMLO, ha elegido la “ruta del silencio”.

¹⁴ C. Marx, “Salario, precio y ganancia”, en O. E., Tomo 2, pág. 76. Edición citada.